



www.traditio-op.org

RAYMOND-LEOPOLD BRUCKBERGER

EL VALOR HUMANO DE LO SANTO

Prólogo de
MIGUEL SIGUÁN

QUINTA EDICION

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID - 1964

Título del original francés :

La valeur humaine du saint

(«Les Cahiers du Rhône», Editions de la Baconnière,
Neuchatel, 1946)

Primera edición española : Septiembre de 1949

Segunda edición española : Marzo de 1952

Tercera edición española : Septiembre de 1953

Cuarta edición española : Febrero de 1957

Quinta edición española : Marzo de 1964

NOTA EDITORIAL

La primera edición española de esta obra del P. Bruckberger incluía un apéndice de J. Urteaga Loidi, titulado EL VALOR DIVINO DE LO HUMANO. El interés con que el público acogió dicho estudio nos incitó a publicarlo separadamente, y así, refundido y considerablemente ampliado, forma hoy el volumen VI de la Colección PATMOS; libro que no dudamos en recomendar como el mejor complemento del que el lector tiene en sus manos.

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS PARA TODOS
LOS PAISES DE HABLA CASTELLANA POR
EDICIONES RIALP, S. A.—PRECIADOS, 44.—MADRID

Depósito legal: M. 2.271.—1964. Núm. de registro: 2415-64

Talleres Gráficos de Huecolor, Jaspe, 42.—Madrid

P R O L O G O

LA EJEMPLARIDAD DE LOS SANTOS.

El culto de los Santos tiene en el Catolicismo una específica función de ejemplaridad. No sólo son intermediarios cerca de Dios y participan como miembros de la Iglesia triunfante en la economía del cuerpo místico de Cristo, que a todos nos engloba, sino que su figura se nos propone como ejemplo e ideal de vida. Por esto, no sólo se invoca su intercesión, sino que se reproduce su efigie, se cantan sus triunfos y se escriben sus biografías.

Pero con esta ejemplaridad nos sucede algo curioso. A fuerza de llamarles Santos tendemos a olvidarnos de que son verdaderos hombres, como si su solo calificativo les estableciese por naturaleza en otra especie. No nos extrañan sus historias extraordinarias, precisamente porque eran Santos, olvidando

que estamos rigurosamente en el mismo plano que ellos: como nosotros, nacieron hombres llamados a la santidad.

Una hagiografía precipitadamente edificante por acopio de maravillas es, en buena parte, culpable de ello; el resto corresponde, naturalmente, a la inveterada pereza humana. Pero adviértase cómo la leyenda hagiográfica no trabaja forzosamente en esta dirección deshumanizadora. El Santo patrón de una aldea campesina puede haber perdido, envuelto en la leyenda, todo el perfil auténtico de su personalidad histórica, pero ha adquirido otro no menos humano y perfectamente común con la gente que le venera. Interviene en sus quehaceres y sus tragedias. responde de la lluvia y del granizo y tiene una jurisdicción perfectamente delimitada y a escala humana. No sorprendería demasiado a sus feligreses verle andar un día entre los campos, con su cayado y su aureola, echando una mano en la trilla o acudiendo solícito a rescatar una oveja extraviada.

¡Qué lejanos, en cambio, parecen los Santos de nuestro mundo moderno! ¿Nos imaginamos a cualquiera de los habitantes de la Corte Celestial mezclados en el barullo del

Metro u ordenando las papeles de una oficina del Estado? Tenemos demasiado sentido crítico para imaginarlo, desde luego; pero ¿no será, en el fondo, la razón que lo que no logramos es imaginar un viajero del Metro o un burócrata elevado a las cimas de la santidad? Porque éste es el problema. El Santo, ayer como hoy, tiene un contexto humano rigurosamente concreto y determinado: el mundo en que vive y a través del cual se santifica. Sus pies se asientan sobre un suelo, y su amor se vierte en unos hombres: sus prójimos, sus hermanos, los hombres de su contorno en el espacio y en el tiempo. Ningún Santo es utópico ni ucrónico; ninguno ha vivido en un paisaje de cartón pintado, poblado por personajes simbólicos. La fidelidad a la propia tierra y a los problemas del propio tiempo, nos aparece así como la primera característica de la Santidad, como lo es, en general, del hombre auténtico.

FIDELIDAD A LA TIERRA.

Hemos discutido tanto en torno al patriotismo, que sentimos un instintivo recelo a llamar patriotas a los Santos, temiendo que en

seguida se les haga mercancía política y bandera de resentimientos nacionales. Justamente, el Catolicismo de la Iglesia —y de sus Santos— nos parece hoy el más saludable antídoto contra las miopías nacionales. ¿Es que los Santos del país vecino no son también hijos de Dios? ¿Es que el patrimonio de la Sangre de Cristo y el testimonio de su Verdad fué dado en prenda a una ciudad o un Estado? ¿Queremos aún distinguir ante los ojos de Dios el judío y el gentil, el romano y el bárbaro?

Dejemos a un lado este patriotismo orgulloso apoyado en una idea de la nación o de la raza como entidades estancas y suficientes, geoméricamente delimitadas e incapaces de integrarse en un espacio superior, patriotismo aprendido antes en los libros y los discursos que en la contemplación del paisaje y la convivencia con los vecinos. El auténtico patriotismo, el de los Santos, empieza con la fidelidad a la tierra en que nacieron y vivieron, tierra más o menos amplia —aldea, región, nación o continente— según el ritmo de su andar y el horizonte de sus preocupaciones, pero siempre tierra real y concreta, tierra pisada y conocida y amada.

Santos hay de incansable deambular que ignoraron fronteras y jurisdicciones, auténticos ciudadanos del mundo, a los que sería inútil fijar una patria política. En ningún lugar se sintieron desterrados porque en cada recodo del camino encontraron su propia casa y sus propios hermanos. Santos hay, por el contrario, que jamás traspasaron los límites de su aldea o su monasterio, que nunca pisaron más allá de lo que puede alcanzarse en una jornada de camino. Santos de un solo paisaje, de unas montañas y un río que a través de sus ojos recobraron la inocencia del paraíso y en ellos vivirán eternamente ante el Señor.

¿Cuál fué, sino Europa, la patria de San Anselmo, que nació en Aosta, fué prior en Normandía y murió arzobispo de Cantorbery? ¿Y qué otra patria tuvieron San Bernardo de Claraval o Santo Tomás de Aquino? Bien poco se movió, en cambio, Santa Catalina Tomás, la entrañable santita mallorquina; tan poco se movió, que nunca perdió de vista el fino perfil de las montañas natales, las que en Valldemosa cerraban el valle donde guardaba ganado, las que, quizá, divisaba por la ventana de la cocina cuando con el

*atizador golpeaba la cabeza del diablillo que asomaba por el sumidero mientras lavaba los cacharros, las que perfumaban el aire del recoleto claustro monjil de su juventud. Tan poco se movió, que el recuerdo de Catalina está tan ligado a la imagen de Mallorca como sus olivos centenarios o el azul de sus cale-
tas, y tan vivo en la tradición, que parece imposible que un día existieran niños en Mallorca que no cantaron las coplas a la beata Tomaseta. Ellas ayudan a los hijos de la isla de la calma a descubrir uno de los aspectos más íntimos de su tierra, hecha de paz y de inocencia cotidiana transfigurada en Santidad. Pero no era menos mallorquín fray Junípero Serra, que en su juventud dejó la isla y la ordenada vida de novicio para arribar a Méjico y años después remontar la desconocida costa de California, plantando un rosario de misiones que culminó en la dedicada a San Francisco. Fray Junípero, al que la florida California recordaba la tierra de su juventud y enseñaba a los indios, sus hijos adoptivos, a trabajar la tierra al uso de los labradores de su país natal, el que nunca más debía volver a ver la bahía de Palma, pero que cuanto más anciano, con mayor nostalgia recordaba la*

primavera mallorquina, que creía adivinar en el azul del cielo californiano recortado entre los árboles.

Ni era menos mallorquín Ramón Llull, el viajero alucinado de la barba florida que recorrió Europa tan sin descanso, que aun en nuestro siglo apresurado sus itinerarios producen vértigo; el loco por Cristo que fué declarado oficialmente demente en escritura de escribano para que no dilapidara los bienes de su mujer y sus hijos, que nunca olvidó su empeño de erigir un gran colegio para la enseñanza de predicadores en tierras de infieles—auténtico precursor de la moderna Propaganda Fidei—, colegio que debía erigirse, precisamente, en Miramar porque creía que el paisaje que desde allí se divisaba ayudaría a los futuros misioneros a inflamarse en amor de Dios. Maravilloso Ramón Llull, que al describir los oficios de un monasterio ideal, previene la existencia de un monje extático sin otra misión que recorrer los caminos, maravillándose por lo que ve y dando voces de alabanza a Dios por haber creado tanta belleza.

Es harto sabido que muchas veces necesitamos de los escritores y los pintores para

descubrir el alma de un paisaje. No hace falta repetir que nuestra visión de Castilla la hemos recibido, en parte, de los escritores del 98. Pero ¡cuánto más debemos a los Santos nuestra familiaridad con un país! Santos de todas las regiones españolas y de todos sus caminos, Santos de aldeas en la montaña, negros e hirsutos, y Santos marineros ingenuos como exvotos; Santos labriegos que aún parecen andar entre la huerta y el sembrado, y Santos constructores de iglesias y monasterios, que aún dominan el valle que un día fué desierto. Santos guerreros que galoparon por el llano, y Santos ermitaños que nos enseñan el secreto de la soledad en el silencio de las cumbres. Santos de todos los paisajes de Europa y de todos los caminos del mundo. De ellos aprendemos que toda tierra es patria, no tierra en general, no tierra abstracta de geómetra y tratado de paz, sino tierra humanizada, áspera y amarga a veces, a veces blanda y ubérrima, pero siempre entrañablemente amada y en el amor vuelta a crear.

Si fué en el Sáhara donde el Padre Foucault descubrió su vocación de vida interior y caridad heroica, vocación que ha resonado como un aldabonazo en el corazón de tantos

contemporáneos, no es menos cierto que el desierto africano encontró su alma en el Padre Foucault. La tierra dura y estéril estalló para él en la belleza de sus incendios vespertinos y sus noches purísimas. Porque también la naturaleza ha de ser salvada del mal que el pecado introdujo en el mundo, y su salvación no es otra que la mirada clara del Santo que la restituya la inocencia original y la guarde para siempre en sus pupilas en la presencia de Dios. A través del hombre, cúspide de la creación, puede la naturaleza volver a Dios. Y acongoja pensar en tantas bellezas pasajeras, holladas sólo un momento por hombres atropellados, que se hunden en la nada, faltas de una mirada amorosa que las restituya a Dios.

FIDELIDAD A LOS HOMBRES.

Pero una tierra humana no es sólo un conjunto de accidentes geográficos, sino la habitación de unos hombres. El Padre Foucault no amaba el desierto, sino la tierra de los tuaregs, y fué este amor el que le ató a los horizontes inflamados del Sáhara. Fray Junípero

no evocaba los valles natales preso de arrebatos poéticos, sino esforzándose por recordar cómo trabajaban el campo la gente de su tierra. Lo que he llamado el patriotismo de los Santos está hecho de fidelidad a una tierra, su tierra y la de sus prójimos, hombres de carne y hueso con su carga de pesares y de angustias; hombres que tropiezan y que caen, que lloran y que esperan.

Nada más lejos de la actividad del Santo que el patriotismo que vive de glorias pasadas y teje triunfos futuros, que se escabulle del presente en torno, refugiándose en el pasado o fantaseando en el porvenir. ¡Cuántos Santos no supieron nada de los blasones de su nación o de las gestas de sus antepasados, cuántos habrían sido incapaces de representar a su aldea o a su Estado entre los grandes de la tierra, o de trazar directrices de su futuro político! Pero ninguno fué infiel a su gente y a su generación, ninguno rehusó compartir afanes y dolores.

Y no es honrado imaginar a los Santos como habitantes de una sociedad idílica donde la compasión era cómoda y la caridad fácil. En este sentido, ninguna sociedad ni ninguna época está más lejos de Cristo que otra;

y si alguna está más cerca de la Cruz es aquella en que el dolor clama más alto. Pocas vocaciones a la caridad heroica podemos imaginar en la meliflua Arcadia. Ni cabe pensar que al Santo le es más fácil la abnegación que al común de los mortales, cual si fuese un psicópata de rara especie perseguidor de placeres masoquistas en el sufrimiento por los demás. Cristo, con ser Dios, por ser hombre sudó sangre en la noche de Getsemaní, y sólo por ser fiel a la voluntad del Padre dominó la angustia de la carne y apuró el Cáliz hasta las heces. Sería ingenuo creer que a sus discípulos se les ha dado alguna vez trato de favor, y que en otras épocas, más que en la nuestra, ha sido fácil la santidad.

San Pedro Claver dudó bastante antes de abrazar su vocación; primero, creía no tenerla; luego, pensó si no sería mejor la vida en un monasterio; finalmente, sintió escrúpulos de ordenarse, y así, a contrapelo del miedo, llegó a jesuita profeso y se encontró un día en Cartagena de Indias entre los esclavos negros.

¡Cuántas formas de patriotismo y de solidaridad humana no cabían en la América española del siglo XVII! Periódicamente llegaba el galeón de la Península con persona-

jes importantes, ordenanzas y noticias que agitaban y alimentaban la vida pública de la colonia. Incluso el problema de la esclavitud podía y debía plantearse en las altas esferas, si no se quería gastar pólvora en salvas, o mejor aún, discutirlo concienzudamente a la luz de la moral y el derecho en libros que luego leerían los consejeros del reino. Pero Pedro Claver no tiene tiempo para acudir a recibir a los oficiales ni a los doctores porque ha visto a Cristo doliente en otros barcos y en otros hombres.

Mil quinientos años después de la muerte de Cristo, el comercio de esclavos se hacía —por hombres que se llamaban cristianos— en condiciones poco agradables de describir. Manejados a latigazos, prensados en las bodegas, hambrientos, aterrorizados y roídos por las enfermedades, la carga de marfil negro atravesaba el Océano. Normalmente, una tercera parte moría en el camino —aun con tal merma el negocio era rentable—; el resto se apretujaba como una masa doliente en los almacenes, a la espera de la subasta o de los compradores al menudo.

Allí comparecía Pedro Claver a la llegada de un nuevo barco, allí lavaba, curaba, reñía,

ponía orden o consolaba, allí hacía todos los oficios imaginables. Si era preciso reprimía sus orgías miserables o cortaba sus rebeliones desesperadas. Con el tiempo llegó a montar una organización eficiente en toda la colonia para cuidar de los esclavos en lo posible. Y no se trataba, ciertamente, de delicuescencia sentimental o de inclinación morbosa. El corazón se le encogía y le flaqueaban las piernas cada vez que sabía de la llegada de un nuevo barco; pero iba, a pesar de todo, al encuentro de sus hermanos en Cristo y volvía a empezar una y otra vez. Y así durante treinta y ocho años.

Un año de calor sofocante y lluvias torrenciales alcanzó la epidemia a Venezuela. El Santo cayó visitando hospitales y cárceles. Se desmayaba con frecuencia. Finalmente, hubo que encerrarle en una celda. Los padres de la residencia tenían demasiado trabajo con los apestados para ocuparse de él, y Pedro Claver pasó prácticamente solo los últimos meses de su vida. El novicio que había querido profesar en un monasterio para dedicarse con calma a la contemplación, disponía, finalmente, de un rato de soledad.

Hasta que un día el rumor de su próxima

muerte se extendió por la ciudad. Entonces llegó la hora de la muchedumbre. Los jesuitas atrancaron, inútilmente, las puertas de la residencia, una multitud de blancos y negros de todas clases y edades invadió la casa, gritando: "queremos ver al Santo", y horas antes de su muerte no dejó una brizna de paja como reliquia. Treinta y ocho años le habían tenido a su lado y habría podido darles trabajo a todos, meses y meses había yacido en el lecho casi abandonado y todos podrían haberle acompañado a su placer. Decididamente el Santo es más cómodo muerto que vivo. Pero no seamos demasiado duros con ellos, porque continuamos siendo iguales. Pedro Claver podía morir satisfecho si uno solo entre sus visitantes recogió la lección de su ejemplo, aprendiendo a ver a Cristo en su prójimo, tanto más parecido cuando más llagado y cubierto de oprobio.

Cierto que hay místicos en la comunidad santa, hombres que renunciaron a todo para encerrarse en Dios, pero casi no hace falta recordar cuán lejos está la mística cristiana del quietismo oriental en este aspecto. Santa Teresa de Jesús y San Bernardo de Claraval son dos astros de primera magnitud en la historia

de nuestra mística, pero no es fácil olvidar que Santa Teresa fué una fémina inquieta y andariega, que se pasó la vida fundando conventos y ocupándose de sus monjas, y que San Bernardo es, quizá, la figura más representativa del siglo XII europeo, porque no hay encrucijada en la que no se le encuentre, ni conflicto en el que no se requiera su intervención. Caballero en su mulo recorre el Occidente una y otra vez de punta a punta, predicando cruzadas, deshaciendo cismas, combatiendo herejías, reconciliando reyes, exigiendo justicia, y siempre suspirando por regresar a la paz de Claraval y al interrumpido Comentario al Cantar de los Cantares.

Cierto que hay solitarios en la iglesia de los Santos, y el más famoso entre ellos San Antonio de Egipto. Pero ¡qué casta de solitarios! San Antonio, a los dieciocho años, repartió a los pobres la fortuna que heredara de sus padres y abandonó la Alejandría natal, la ciudad más corrupta de un mundo corrupto, para retirarse a las grandes soledades del Nilo, viviendo del pan que recibía cada seis meses y de los dátiles de las palmeras vecinas. Pero a su alrededor, el desierto se pobló de monjes solitarios que se alimentaban de

sus consejos y se regían por la regla que compuso. Y cuando en Alejandría estalló la persecución, Antonio dejó la soledad y su figura se hizo popular en las buhardillas de la urbe y en las canteras del Sudán, donde gemían los deportados. Pasaron los siglos, y San Antonio se convirtió en el patriarca del monaquismo oriental, el ejemplo vivo para millares y millares de hombres que habitaron los monasterios de su regla, y aun hoy subsiste y reza la comunidad, cabe a su peña solitaria frente al mar Rojo. Así, Antonio, el hombre que huyó de su ciudad buscando a Dios, ha llegado a ser un representante de su tiempo y de su pueblo y ha dejado una huella social mucho más intensa que los políticos, sus contemporáneos, que intrigaban y adulaban en los palacios del César. Tal es el sentido del patriotismo de los Santos.

La fidelidad a la tierra y al tiempo marca así una constante común en todos los que alcanzaron la santidad, pero ¡qué asombrosa variedad entre sus filas! Obsérvese cómo las citadas características no definen ningún tipo especial de seres humanos; definen, simplemente, al hombre, y los Santos fueron todos, plenamente, intensamente, hombres; fieles a

*la forma concreta en que en ellos se plasma-
ba la imagen de Dios, y sólo por ello, fieles
a su tierra y a su gente, como natural conse-
cuencia.*

HOMBRES LLAMADOS A LA SANTIDAD.

*Ninguna tipología de caracteres o tempera-
mentos, ninguna clasificación de oficios o de
clases sociales puede encerrar a los Santos en
una de sus casillas. Hay tantas clases de San-
tos como clases de hombres, los hay para to-
dos los gustos y todas las edades. Los hay
reyes y mendigos, sabios e ignorantes, mon-
jes y guerreros. Los hay violentamente apa-
sionados y los hay de tranquilidad impertur-
bable. Unos vivieron asomados a las candile-
jas del gran teatro del mundo y otros se des-
lizaron en la penumbra demasiado discretos
para atraer la atención. Seguramente no hay
tipo ni variedad humana, como las que tan
prolijamente estudian los psicólogos moder-
nos, que no tenga un representante en las
filas de la santidad. Santo Tomás de Aquino,
con toda su ciencia, se codea en el mar-
tirologio con San José de Cupertino, que ja-
más aprendió a leer, a pesar de sus esfuerzos,*

ni consiguió tocar un plato sin romperlo. ¿Qué mayor contraste humano puede imaginarse que el que se da entre Santa Teresa y Santa Teresita con pertenecer a la misma Orden, o entre San Juan de la Cruz y San Ignacio de Loyola, o entre el fogoso San Bernardo de Claraval y su dulce amigo Guillermo de Saint Thierry? Ninguno de ellos desmintió su carácter y sus posibilidades; las características personales que Dios le había dado y a través de las cuales se santificó. Cada uno hizo fructificar sus talentos, los suyos y no los del vecino, o los que no tenía, y como el siervo fiel, pudo decir a su Señor: Esto hice con lo que me diste.

Pero, quizá, mejor que ningún comentario sobre las posibilidades de santidad inscritas en el corazón de todo hombre es el ejemplo de Germán el Lisiado, ejemplo mínimo y asombroso en su nimiedad. Germán nació a comienzos del siglo XI, en una de las épocas más oscuras y tristes de la historia de Europa, de una familia noble de Suavia, familia de cruzados y prelados, de ninguno de los cuales ha quedado recuerdo y sí de su poco agraciado retoño. Porque Germán bien puede decirse que recibió escasos dones, y aun los que

recibió no eran visibles al tiempo de su nacimiento. Era terriblemente deforme y sufrió durante toda su vida de espantosas convulsiones. No podía mantenerse de pie, ni caminar solo y apenas si podía sentarse en la silla especial que construyeron para su uso. Sus dedos eran demasiado débiles y nudosos para escribir; incluso su boca y su paladar estaban mal formados y con dificultad se entendían sus palabras. No era Germán ornato muy agradable para un castillo, por lo que sus padres, encomendándole a Dios, lo enviaron a un monasterio, y lo que seguramente no habrían conseguido en nuestros días una escuela activa o una clínica infantil lo consiguió el retiro del claustro. Germán encontró la paz y floreció como una planta al sol.

El monasterio de Reichenau estaba situado en una pequeña isla del lago de Constanza, donde el Rhin se precipita con fuerza hacia sus cataratas. Su fundación era anterior al tiempo de Carlomagno y contaba, así, con más de doscientos años de existencia. Por su camino iban y venían viajeros italianos y griegos, irlandeses y franceses. Entre sus muros albergaba, no sólo una rica biblioteca y alumnos famosos, sino una escuela de pintura propia,

alimentada por monjes que tenían el alma, si no la mano, de Fray Angélico. Allí creció el niño que apenas podía hablar y al que una tradicional psicoterapia religiosa iba desarrollando la mente. En toda su vida no pudo sentarse cómodamente, y, sin embargo, su biografía latina nos cuenta que era agradable y amistoso, fácil de conversar y siempre alegre y divertido, resultando que todos le querían. Y el joven, que nunca estaba bien, ni sentado en su silla, ni recostado en la cama, aprendió Matemáticas, Latín, Árabe, Astronomía y Música. En una obra que escribió sobre los astrolabios, dice en el prefacio: «Germán, el menor de los pobres en Cristo y entre los aficionados a la filosofía, más torpe que un asno y más lento que un caracol..., ha sido persuadido por algunos amigos a componer este tratado científico después de mil industrias por evitarlo y de presentar toda clase de excusas, siendo la causa, en el fondo, su estúpida flojedad; pero, finalmente, después de mucho, costase lo que costase, ofreció al amigo a quien está dedicado este pequeño libro, la teoría de este asunto, diciéndole que si le agradaba se lo detallaría prácticamente.»

Y, por extraordinario que parezca, aquellos

dedos torpes fabricaron astrolabios y relojes e instrumentos de música. Y el lisiado compuso himnos e incluso se le atribuye la Salve Regina con su melodía de canto llano. Y escribió una crónica universal y un tratado de música. Y así, finalmente, llegó su última hora; Bertoldo, su íntimo amigo, que escribió el resumen de su vida, cuenta cómo estando gravemente enfermo de la pleura, le visitó, después de la misa, y estuvo platicando con él sobre la futilidad de la vida temporal y el valor de la eterna, y así conversando, después de recomendar a su amigo que también él se preparase para seguir un día el mismo camino, entregó su alma a Dios en paz consigo mismo y rodeado del cariño de sus hermanos el que, según las previsiones del mundo, debía ser un desgraciado y un resentido.

Hay Santos de todas las razas y todos los temples, de todas las edades y todos los caracteres. Pero todos tienen en última instancia algo en común, que les permite compartir el calificativo de Santos: su fidelidad a la más íntima esencia del hombre.

De tan simple, casi lo tenemos olvidado. El hombre —nos dice el Génesis— ha sido creado a imagen de Dios. Muchos predicados pue-

den afirmarse de Dios, pero el primero que nos enseña San Juan es que Dios es Amor. Imagen de Dios, la esencia del hombre será un reflejo del amor primero, una tendencia al bien. Pero la caída deformó la imagen, con lo que el amor, de recto, se hizo curvo, se reflejó sobre sí mismo, se convirtió en egoísmo.

La reforma del hombre consiste así en la progresiva rectificación del amor, el aprendizaje de la caridad, la recuperación de la semejanza original. Cuando esto se cumple —y sólo se cumple ejercitando el amor—, el hombre vuelve a ser clara imagen de Dios, con lo que, paradójicamente, perdiéndose a sí mismo se gana. Pierde lo que aparentemente le es más propio: el amor de sí mismo, el yo que le enfrenta al resto de la realidad. Pero gana el último fundamento de su existencia, aquello para lo que fué creado: la participación en el Ser de Dios y en la Vida divina.

En la medida en que esto sucede, el hombre ya no conoce a Dios por imágenes ni por conceptos, sino que lo sirve en su propia alma, hecha imagen transparente de la Divinidad. Tal es la vida de la gracia; tal es, con plenitud de medida, la visión beatífica. Ya no ama a Dios respondiendo a un amor con otro, sino

injertado en su mismo amor, la caridad, don divino difundido en nuestros corazones, por el que volvemos a Él y participamos en la propia vida trinitaria. Así puede decirse, con plenitud de sentido, que en la gracia y por la gracia el hombre se hace uno con Dios. Y, al mismo tiempo que entonces, es cuando es el hombre más fiel a su propia y más íntima vocación.

No se objete que esto es pura teoría mística, adecuada sólo para monjes contemplativos. Para todo cristiano es estrictamente el esquema fundamental en que se juega su destino. No todos estamos llamados a la vida mística en la soledad y la contemplación, pero sí lo estamos todos a la unión con Dios en el amor. Y si a esto quiere llamársele vida unitiva, hay que reconocer que todo cristiano está llamado a la vida unitiva, como todo cristiano está llamado personalmente a la santidad.

Sin olvidar que por las condiciones de nuestra existencia terrestre, en que nuestros conocimientos y nuestros sentimientos empiezan con la vista y con el tacto, el amor al prójimo es el comienzo, la medida y el resultado del amor a Dios. Si no amamos a nuestros hermanos, a quienes vemos, ¿cómo amaremos a

Dios, a quien no vemos? La sociedad de los Santos, el reino de Dios, que cotidianamente invocamos, es esencialmente la comunidad del amor.

DEL EGOÍSMO AL AMOR.

Y ¿cómo pasa el hombre del egoísmo a la caridad? Aunque sea un proceso inacabable a lo largo de la vida, con infinitos peldaños, en cada uno de sus momentos, podemos distinguir tres dimensiones. La convivencia con los demás, con sus alegrías y sus dolores, nos ofrece, evidentemente, la posibilidad de romper la coraza del egoísmo. Dios mismo con su ayuda nos da la fuerza para hacerlo; finalmente, nuestra voluntad ha de poner el sí. Sin objetos —personas— a los que aplicar nuestra voluntad o sin el concurso y la gracia divina que le dé la fuerza de hacerlo, no habría, indiscutiblemente, amor; pero ni todas las exigencias del mundo que nos rodea, ni la misma omnipotencia divina, que nos ha querido hombres libres y responsables, pueden suplir el consentimiento de la libertad.

Y en las tres vertientes, nuestro punto de re-

ferencia como cristianos es Cristo. Clavado en la Cruz por nosotros, el primero de nuestros hermanos es estímulo por antonomasia para el amor. Cristo-Dios redentor es el manantial y la puerta de toda gracia. Y Cristo, el verdadero hombre, hecho obediente hasta la muerte, es el ejemplo arquetípico del sí de la libertad humana a la voluntad divina.

El hombre fué creado a imagen de Dios. Cristo, verdadero hombre y verdadero Dios, es a la vez imagen divina y realidad divina, cifra y compendio de la destinación humana. Es el modelo a la medida de nuestras fuerzas y el objetivo a la medida de nuestra esperanza. Imitarle es conformarse con Dios, vivir en Él, ser deificado.

Al principio de estas páginas se decía que los Santos tienen en el Catolicismo una peculiar función de ejemplaridad, por la que se les propone como ejemplo de vida cristiana. Frente a esto, la conocida frase de que los Santos más son para admirados que para imitados acostumbra a no indicar más que prudencia reservada. Los Santos no deben ni pueden ser imitados en el contenido concreto de sus vidas, por la sencilla razón de que cada uno es un patrón individual y único, co-

rrespondiente a su propia personalidad individual. La santidad, como toda categoría de la vida humana, es una auténtica creación, desarrollada a lo largo de una vida humana. Más que modelos, son ejemplares típicos de cómo puede realizarse una vida cristiana en un carácter y unas circunstancias determinadas. No son, por tanto, sus actos concretos ni su estilo personal lo que debemos imitar, sino la forma de su vida.

Fidelidad a la tierra y al tiempo, fidelidad al propio carácter, fidelidad a la más íntima esencia de la naturaleza humana y, por tanto, fidelidad al amor y al llamamiento divinos, son los caracteres que sucesivamente hemos visto que definen esta forma. Y como estos caracteres definen, en primer lugar, al hombre, podemos añadir que el Santo es el hombre plenamente realizado. Frente a la tendencia a escindir radicalmente los Santos de los hombres hay que recordar que la vocación a la santidad es propiamente menester de hombres. Y, al mismo tiempo, menester divino.

Cristo, el primogénito, no es sólo el modelo ejemplar para toda criatura humana; es también el camino y el término de la santifi-

cación. Todo el peregrinar del cristiano, todo el camino del egoísmo a la caridad, se alimenta de la imitación de Cristo y culmina en la vida en Cristo, que es la vida en Dios. "Ya no soy yo quien vive, sino Cristo quien vive en mí", decía el Apóstol, definiendo a la vez la vida cristiana y la santidad, y su afirmación podía ser repetida por cada uno de los bienaventurados. La fidelidad personal a Cristo es así el compendio y la última raíz de la ejemplaridad de los Santos, y en este aspecto no nos es lícito sólo admirarlos, sino que estamos llamados rigurosamente a imitarlos, de tal modo, que se cumpla la palabra de Cristo: "Pero no ruego sólo por éstos, sino por cuantos crean en Mí por su palabra, para que todos sean uno, como Tú, Padre, estás en Mí y Yo en Ti." (Io., xvii, 20-21.)

MIGUEL SIGUÁN

Llamamos *santo* a aquello que existe *para Dios*. La santidad dice esencialmente relación de dependencia respecto a Dios, bien sea en el orden de la consagración, bien en el de la obligación moral.

Se habla del *Santo Sudario* de Turín o de los *Santos Lugares* por su relación con la persona del Hombre-Dios, no pasando esto de ser una atribución extrínseca a la cosa misma. Que un cáliz esté consagrado, en nada modifica su naturaleza, sino tan sólo su destino. Lo que cambia es nuestra actitud con respecto a este vaso: reservamos el cáliz para el culto de Dios.

Sin embargo, cuando se trueca el destino del hombre, el hombre entero aparece mudado. El hombre y su destino son inseparables. Mudar su vocación es mudarle a él mismo. Cuando un hombre se dedica al servicio de

Dios, toda su actividad y su misma persona adquieren calidades verdaderamente divinas. Si la entrega es firme, toda la vida de este hombre se conforma con el ser de Dios. Será un santo de cuerpo entero. La entrega es en este caso una profunda conformidad que tiende —según San Juan de la Cruz— a la unión en un solo espíritu de las dos naturalezas, divina y humana.

Y una adecuación tal con el ser divino es posible en cuanto se logra por los medios de nuestra naturaleza, sublimada por la gracia. La elección de nuestra ofrenda a Dios es personal y libre. Tratándose de un ser inteligente, su entrega no será absoluta y real sino cuando sea consciente y libre. No es santo quien no es libre; no sabría ser susceptible de esta santidad de que hablamos quien reservase a Dios la disposición íntegra del ser espiritual. El santo no destruye su libertad; la logra en Dios de manera admirable. Quiere lo que Dios quiere, odia lo que Dios odia. Y de esta manera se encauza hacia Dios lo más precioso de su ser, lo más precioso: la libertad. Ejemplo de una santidad más alta aún tenemos en el lazo que une a Cristo con Dios. En Él la santidad pasa del orden del

obrar y de la existencia al orden del ser. Cristo es santo en su persona, y su santidad es sustancial. El vínculo que le une a Dios es vínculo natural —como Hijo que es, respecto del Padre— en la identidad de la Divinidad. Ni sacrilegio ni pecado alguno podrán romper esta unión, como se quiebra un cáliz; haría falta destruir la misma Trinidad. He aquí la razón por la que Cristo es para nosotros la inocencia misma; todas sus acciones y palabras son santas, y esto no sólo porque se encaminan a Dios, sino porque proceden de Dios como de su autor inmediato y único. No ha tenido necesidad de consagración especial que lo destine al servicio de Dios, ni ha sido menester la elección para dirigirse a Dios. La consagración y ordenación total de Jesús a su Padre tuvo lugar en el instante mismo en que la chispa milagrosa que la hizo Madre de Dios se encendió en las entrañas de una virgen.

En Él fué restaurada la humana naturaleza total y extraordinariamente, en razón de su consagración a Dios.

Desde que Dios asumió la naturaleza humana en la Encarnación, la santidad se nos ha hecho más accesible, más fácil, más cier-

ta. Si imitamos los pasos del Hombre-Dios, seguimos sus ejemplos, obedecemos sus preceptos y consejos y nos conformamos con Él, habremos asegurado el cumplimiento de nuestro fin divino; la santidad se ha hecho cristiana. La imitación de Cristo produce santos, como manzanas un manzano. El problema de nuestro destino sobrenatural se concreta en el puesto que Cristo ocupa en nuestra vida. Jesucristo es quien puede darnos el sentido de la Majestad de Dios. Cuantos hombres y mujeres ha canonizado la Iglesia tienen de común —cualquiera que fuese su estado— el haber consagrado su vida entera al seguimiento de Cristo en el servicio de Dios. Ellos se han reconocido a sí mismos como humildes miembros de Jesucristo, siervos inútiles del Dios a que servían. Por este motivo son todos santos. Por esto también la Iglesia Católica los venera y los propone a nuestro culto y a nuestra imitación.

En efecto, el culto de los Santos no es, en modo alguno, absoluto, sino relativo. Después de las confusiones del rigorismo protestante, nos vemos obligados a repetir cosas tan triviales como ésta.

Es ocioso decir que sólo Dios merece un

culto total en Sí mismo y por Sí mismo: el que los teólogos llaman culto de latría. La Santísima Virgen y los Santos son venerados en virtud de su unión con Dios y con Cristo, por su semejanza con Dios —algo así como honramos los retratos del rey—, ya que la santidad es una confirmación tan sólo. Y, sin duda, las cosas son todavía más sencillas: Dios ama a sus Santos. En la gran familia cristiana, ellos son sus hijos preferidos. Su corazón generoso goza haciéndonos partícipes de la amistad que siente por ellos y de la ternura que tiene para con su Madre. Un mismo amor derrama Dios sobre la Iglesia triunfante y sobre los que luchamos aquí abajo; una idéntica herencia —la amistad de Dios— es la que los Santos poseen en la clara visión de la gloria y la que poseemos nosotros en los enigmas de la gracia. Somos nosotros, sin embargo, hijos de los Santos por la sangre mística que de sus almas se vierte en nuestros corazones. Santo Tomás de Aquino había sido alumno de San Alberto Magno. Cuando murió, joven aún, Alberto Magno marchó a París para defender en la Sorbona la memoria y la doctrina, violentamente atacadas, de su antiguo discípulo. Subió a la cátedra de

Teología de la primera Universidad del mundo y dijo: «¿Qué gloria significa para un vivo ser alabado por los muertos?» Los corazones de los Santos viven eternamente en el cielo. ¡Qué error más grande supone creer que al aproximarse los Santos a Dios se alejan de nosotros, o que los favores recibidos de sus manos nos apartarían de Dios! Sin duda, habríamos amado a los Santos en este mundo, habríamos admirado su heroísmo, habríamos deseado que nos ayudasen, que rogasen por nosotros al Dios a quien servían tan fielmente y nos introdujesen en su favor. ¡Qué dicha conocer y tratar a San Pablo, a Santo Domingo, a Santa Juana de Arco, contemplar sus rostros, besar sus manos, encomendarnos a su caridad y hasta conseguir su amistad bienhechora! Pues bien; esta amistad está atesorada para nosotros en el corazón de Jesús, rey y centro de todos los corazones, abrasado en la hoguera ardiente del amor, accesible a nuestras plegarias y a nuestra buena voluntad. Que por encima del abismo de nuestra vida y de nuestra muerte terrenas, los Santos nos tienden la mano para guiarnos en el camino de nuestra vida de hijos de Dios.

II. — EL HOMBRE ANTE LOS SANTOS

Habríamos amado a los Santos... ; ellos nos habrían amado de seguro, siendo su caridad como era de una delicadeza universal cuando se trataba de escoger. San Francisco de Asís amó mucho a los animales, a los que dirigía la palabra en medio de su atención. Y nosotros, ¿hubiéramos escuchado? ¿Se puede decir con seguridad que hubiésemos amado a los Santos? Los Santos no sólo nos ayudan a incorporarnos a Dios, sino que también nos hacen reflexionar sobre la orientación exacta de nuestra vida, y ser conscientes del sentido, cristiano o no, de nuestra existencia concreta. Han sido ellos miembros dolientes de Jesús antes de ser partícipes de su gloria. Las mil circunstancias de su vida y de su muerte plantean un sinnúmero de problemas, que irrumpen de improviso en nuestra conciencia y que no podemos eludir ; los Santos han sido los miem-

bros dolientes de Jesús; han prolongado, en medio de los hombres, la Pasión de Cristo, para que cada uno de ellos considere si en su vida se coloca al lado de Judas o al de Pedro en su cobarde negación, al lado de Pilato o de los fariseos, o bien al del buen ladrón crucificado con Jesús. Una pregunta nos proponen los Santos, más embarazosa de lo que parece: ¿les hubiéramos demostrado nuestra admiración, de haber convivido con ellos?; porque, en fin de cuentas, los jueces de Juana de Arco no eran unos monstruos, sino hombres religiosos y doctos, muy respetuosos con la ley y con el orden establecido. Ellos mismos escribieron al Papa en estos términos: «Si hemos llegado a tal extremo que las adivinas que profetizan falsamente en nombre de Dios, como cierta jovenzuela, cogida en los límites de la diócesis de Beauvais, son mejor acogidas por la ligereza popular que los pastores y doctores, es un hecho que la religión va a perecer, la fe se derrumbará, la Iglesia será pisoteada, la iniquidad de Satanás dominará al mundo.» No podemos afirmar que no hubiéramos estado, con los jueces de Juana de Arco, contra la *ligereza popular*, o, al menos, con Carlos VII, quien, a pesar de todo, la abandonó. Los San-

tos nos enseñan cuán difícil es reconocerse a sí mismo delante de Dios como *partidario de la verdad*.

Maravillosa psicología la de la Iglesia, que diariamente nos despierta clavándonos una espina en la conciencia: la espina de un Santo que se instala en nuestro día como en algo propio. A propósito de esto contaba PÉGUY una historia de su invención, de la que hemos tenido noticia no hace mucho: «Había una vez un hombre que se aburría tanto, tanto, que jamás podríamos imaginar la magnitud de semejante aburrimiento. Su vida era tan gris, fría y taciturna, que a todo lo largo del día, este hombre, que se aburría por la mañana y se aburría por la tarde, estaba persuadido que para salir de tal hastío no tenía más que cometer un gran pecado, un enorme, gigantesco pecado. Un pecado que le libraría para siempre de aquel tedio. Una falta sin igual.

»Y esta falta era de tal naturaleza que, para cometerla de una vez para siempre, bastaba con escribir una carta, una carta sin importancia. Tomar una hoja de papel, ponerla sobre la mesa delante de sí, mojar la pluma en el tintero, escribir, lacrar, sellar, echarla al correo. Esto era todo. De una vez para siem-

pre. Una vez hecho esto tendría ocupación para toda su vida. Muchas veces había dicho: "No, es demasiado tontería, me aburro demasiado." Pero siempre se había detenido a tiempo.

»Sin embargo, un día en que la vida de este pobre hombre era aún más monótona que de ordinario, no pudo resistir más. "Vamos...", se dijo a sí mismo, y tomó una cuartilla. He de advertiros que este hombre aburrido tenía una manía. Una manía que le asaltaba al escribir: no podía mirar la fecha sin al mismo tiempo mirar el Santo del día. "Vamos", dijo, y descuelga el calendario: "Sábado 21, domingo 22, lunes 23, martes 24, miércoles 25. Aquí está, San Luis".

»San Luis...; cuántos recuerdos encerraba este nombre. San Luis. Se atusaba los bigotes. San Luis... Jamás tendría valor para cometer su gran pecado el día de San Luis. No era posible. Ni aun soñarlo; figuraos: San Luis y todo lo que él representaba. Blanca de Castilla, San Luis administrando justicia, San Luis y las Cruzadas, San Luis en Cartago y la espada y el cetro y el lecho de cenizas. San Luis, rey de Francia, modelo, ejemplo y patrón de los reyes de Francia. La vieja Francia.

Protector de Francia y de los franceses, con su precioso traje azul salpicado de flores de lis, el cetro en la mano como en el cuadro del padre Laurens. Imposible seguir adelante. Jamás permitiría hacer semejante acción.

»Podéis observar la delicadeza de aquel hombre. La idea tan sólo, la sola evocación, el simple recuerdo de San Luis, bastó para detenerlo. Porque los Santos franceses, y especialmente San Luis, son Santos que eclipsan a los demás. San Luis ¹.

»Pero esto no podía quedar así. El hombre que se aburría dejó el almanaque en su sitio, diciéndose que esto no era más que un aplazamiento. Estaba decidido. Crecía su aburrimiento con el correr del tiempo. Se hacía necesario acabar de una vez. San Luis.

»La lluvia, el viento, el sol, las personas que encontraba, su mujer, sus amigos, el día,

¹ Se sobreentiende que santidad se emplea en estas páginas en sentido amplio, como plenitud de la vida cristiana propuesta a todo hombre. Los ejemplos aducidos de existencias humanas concretas tienen sólo función de ejemplos respecto a las ideas expuestas y no prejuzgan de ningún modo el criterio de la Iglesia sobre la efectiva santidad de los personajes aludidos y su público reconocimiento en la canonización.

la noche, lo que hacía, lo que podía haber hecho, todo le fastidiaba. ¡ Pero... San Luis !

»Al día siguiente, nuestro hombre vuelve a abrir la caja del papel de escribir, coloca con cuidado una hoja sobre la mesa y moja la pluma en el tintero. “¿ Qué fecha es hoy ? ; miércoles..., jueves 26, San Ceferino. ¿ San Ceferino ? Bien. Está bien.” Y empieza a escribir.

»Pero hete aquí que un hombrecillo bondadoso se le coloca ante las narices, como traído por un vendaval ; sabéis lo formidable que es el viento, llamado en griego Céfiro ². Un hombrecillo encolerizado, rojo de cólera, que le dice : “¿ Pero qué es esto ? No te atreviste ayer a cometer tu gran pecado porque era el día de San Luis, y hoy te arriesgas a cometerlo por ser día de San Ceferino. Nada más que San Ceferino. Si te veo venir. Si está bien. No te has atrevido. Quisieras llevarlo a cabo, pero no te has atrevido. No has querido medir tus fuerzas con San Luis, porque San Luis es un rey, el más grande de todos los reyes. Y hoy, sin embargo, porque se trata de mí, porque soy un conato de Santo, un Santo insig-

² Juego de palabras entre Zéphyr y Zéphirin.

nificante... ¿Quién es San Ceferino? Con él puede uno permitírsele todo. Y, porque no soy más que yo, vas tú a precipitarte en el infierno. Todo sale con facilidad. ¿Pero tú crees que esto va a ocurrir así como así? San Ceferino. Nunca, jamás." En fin ; le dijo tantas cosas, que la hoja de papel volvió a entrar en la caja.

»A pesar de todo, el hombre aburrido estaba más decidido cada día a escribir la carta. Estaba obsesionado. Al día siguiente abrió de nuevo la caja y volvió con la misma canción : papel, tinta, pluma, fecha, calendario. ¡ Ah !. San Damián. San Damián no le decía nada en absoluto. Echó una mirada a su alrededor, se fijó en los rincones cuidadosamente, se agachó dos o tres veces para rebuscar en torno suyo, pero no vió nada. Mojó la pluma en la tinta. Y de pronto... ¡ Catapúm ! He aquí a San Damián que se aparece. Y además no estaba solo ; le acompañaba su hermano San Cosme. La unión hace la fuerza. Dos grandes Santos. Dos grandes Santos, pero nuestro hombre no sabía nada. Traían consigo los instrumentos de su martirio : "¿Estás decidido entonces?, dijo tristemente San Damián. Hace dos días retrocediste ante San Luis y ayer de-

lante de San Ceferino. Hoy, que es mi día, ¿te atreves a ofenderme de tal modo? ¿Qué van a decir de mí en el Paraíso? ¿Qué dirá San Pedro? Ya le estoy oyendo decir: “¡Vaya! Bien has cumplido tu día de guardia. Has permitido que ese imbécil cometiese su enorme pecado. ¡Se te puede confiar la vigilancia del mundo durante veinticuatro horas! ¡La desempeñas maravillosamente! No tengo más que decirte.” Vamos, amigo, un rasgo noble; deja en mis manos eso y ruega a tu santo patrono, mi compañero, que te libre del mal.”

»Y así ocurrió un día tras otro. El hombre aburrido no cejaba en su empeño, pero los Santos se obstinaban también. Unos le persuadían con argumentos suaves: “Mira, un Santo pequeñito como yo, no puedes querer. ¡Vamos, dime que no vas a querer!”, y él se dejaba ablandar. Otros, como los doctores, los teólogos, los sabios, los escolásticos y neoescolásticos, exponían sus razones en *barbara* y en *baralipton* y le demostraban que estaba equivocado al emprender semejante aventura. Y él se dejaba convencer. Otros, los guerreros, le trataban con dureza: San Jorge, San Martín, San Carlomagno. Su obsesión no llevaba trazas de durar mucho. Desde el día en

que el rey de Francia, seguido por dos de sus fieles, tal como aparece en la estatua sita en la plaza de Paris-Nôtre-Dame, irrumpió en la habitación, desordenándolo todo, y se llevó la caja, la pluma y la tinta, nuestro hombre, en dos días, no se atrevió a intentar la prueba; ¡tanto le había intimidado el Santo militar!

»Por todas partes se encontraba acosado. Pero él, no obstante, se empeñaba en salir con la suya. Se le ocurrió entonces que para cometer su gran pecado le favorecería estar ausente de París; en el campo pasaría más fácilmente inadvertido. Su situación cambió, en verdad. Ahora no era el Santo del día quien le atacaba; eran los patronos de las parroquias quienes le esperaban a la entrada de sus dominios. Santos rudos y toscos que no figuraban en el calendario de las ciudades. Santos campesinos que velaban por los leñadores y por los nidos. Santos que cuidaban de las flores recién nacidas y las protegían de las heladas, las lluvias y las tormentas. Uno tras otro los iba encontrando en las encrucijadas de los caminos o a la entrada de las iglesias. Eran Santos gallardos que miraban por el bien de sus ovejas, grandes señores que habían dejado

el mundo y estaban contentos de cumplir la felicidad de los pastores ; sencillos y honrados Santos que, una vez extinguido su día, aborrecían las molestias.

»Total, que le fué imposible cometer su gran pecado.

»Os habréis dado cuenta de mi intención. Todo esto lo he dicho, entendedlo, para hacer os ver que así como no hay lugar en la tierra donde no se crucen un paralelo y un meridiano, no hay tampoco en la vida de un cristiano ni un solo punto del espacio ni un solo minuto del tiempo que no sea objeto, por *parte de los Santos*, de una protección especial.»³.

Me parece que este cuento de PÉGUY nos enseña maravillosamente con qué espíritu hemos de abordar la tradición hagiográfica de la Iglesia. Tradición que, más bien que aportar documentos, nos transmite una presencia sensible, la presencia de aquella nube de testigos celestiales de que habla San Pablo y ante la cual vivimos y morimos. La tradición nos da, si se quiere, la fisonomía de los Santos como un buen pintor de cuadros si se compara con

un fotógrafo. Algunos detalles son puramente legendarios. Sin embargo, esos mismos detalles tienen una profundidad religiosa incomparable, pues no son otra cosa que el traslado de verdades sobrenaturales reales en relatos simbólicos. La leyenda es semejante al cinematógrafo, con la visión superpuesta de diversos planos y la ingenua superchería del dibujo animado, de la cámara lenta o rápida. La leyenda es una acumulación de verdades de órdenes diferentes. Su resultado es altamente sugestivo, y son estas sugerencias las que nos hacen ver la gracia de Dios a través del esplendor de los Santos. Por otra parte, sería impertinente creer que en la tradición todo es falso, según el juicio crítico de la historia. Quiero decir que, aun en este caso, los materiales están reunidos no con vistas a un efecto didáctico, sino más bien dispuestos para conseguir un hechizo poético, en que el corazón, mejor que el entendimiento, se encuentra seducido por el lazo de un inmenso encanto sobrenatural. En esto consiste la acción bienhechora de los Santos. No necesitamos saber muchas cosas acerca de su vida; lo importante es seguirlos, asirnos a la mano que nos tienden y dejarnos arrastrar hacia las oscuras

regiones de la vida divina, de la que ellos han sido los adelantados.

«¡ Nuestra Iglesia es la Iglesia de los Santos! Por llegar a ser Santo, ¿qué obispo no daría anillo, mitra y pectoral; qué cardenal no daría su púrpura; qué pontífice su vestidura blanca, sus camareros, sus suizos y toda su pompa terrena? ¿Quién no desearía tener la fuerza necesaria para vivir tan admirable aventura? *Porque la Santidad es una aventura, y aun podíamos afirmar que la única aventura.* Quien lo haya entendido así ha penetrado en el corazón de la fe católica, ha sentido en sus entrañas de hombre un estremecimiento bien distinto del que produce la muerte: el temblar de una esperanza sobrehumana. Nuestra Iglesia es la Iglesia de los Santos. Pero ¿quién se preocupa de los Santos? Querríamos que fuesen ancianos llenos de experiencia y de política, y la mayor parte de ellos son niños. Y la infancia se encuentra sola contra todos; los maliciosos se encogen de hombros y sonríen. ¿Qué Santo tuvo en mucho ser alabado por los hombres de la Iglesia? Pero ¿a qué vienen aquí los hombres de la Iglesia? Dios no ha hecho la Iglesia para beneficio de los Santos, sino para que transmita

la memoria de ellos, para que no se pierda, con el milagro divino, un torrente de gloria y poesía. ¿Qué otra Iglesia muestra sus Santos? ¡La Iglesia de los Santos es la nuestra! ¿Quién habría de guardar si no esta legión de ángeles? La historia, con su método sumario y su realismo estrecho y seco, los hubiera destrozado. Nuestra tradición católica los incorpora, sin herirlos, a su ritmo universal. San Benito, con su cuervo; San Francisco, con su laúd y sus versos provenzales; Juana, con su espada; Vicente, con su sotana raída, y la recién llegada, Teresa del Niño Jesús, tan singular, tan oculta, con su incomprendible y eterna sonrisa, mil veces maltratada por desaprensivos comerciantes de imágenes. ¿Desearíamos acaso que, ya en vida, hubiesen sido colocados en un relicario, colmados de epítetos ampulosos, saludados de rodillas, rodeados de incienso? Tales finezas buenas son para canónigos: los Santos vivieron y sufrieron como nosotros. Tomaron su cruz, y aun alguno, sin abandonarla, se tendió sobre ella para morir. Quien no se atreva a imitar la parte sobrenatural, la parte divina de su ejemplo, al menos encontrará en los Santos una lección de heroísmo y de honor. ¿No es, sin embar-

go, para enrojecer de vergüenza, detenerse tan pronto y permitir que continúen solos por su camino sublime? ¿Quién es capaz de gastar su vida en rumiar el problema del mal, en vez de lanzarse hacia adelante? ¿Quién dirá que rehusa poner mano en la tarea de salvar al mundo?»⁴.

⁴ BERNANOS: *Jeanne, relapse et Sainte*, págs. 61-66.

III. — SANTOS, HEROES, BEATOS Y CRIMINALES

Cuando los teólogos tratan de examinar más de cerca la unión con Dios, que es la santidad, señalan como sus dos características más importantes la *pureza* y la *firmeza*. Si se trata de un objeto material del culto, estas cualidades son efectivamente precisas para la santidad del objeto, de manera absolutamente jurídica. Hace falta que el interior de un cáliz sea dorado, ya que el oro se considera como un metal puro y precioso. De igual forma —y aunque el cristal sea una materia pura y preciosa— no se podría permitir un cáliz de cristal, por no tener suficiente solidez.

Si nos elevamos al orden de la santidad espiritual y propiamente humana, se nos muestran estas dos cualidades como espirituales e interiores, brotando de la santidad a la manera de propiedades.

La santidad consiste en la dedicación del ser a Dios. Pues bien ; es imposible que un alma se acerque a Dios sin purificarse. Dios es Acto puro, dicen los filósofos, es decir, que está exento de toda mancha y pasividad. La infinitud es una plenitud de intensidad real. Es fuego que devora, dice San Pablo. Es imposible que un alma penetre en Dios sin que sufra el efecto de incandescencia. «El corazón de los Santos es líquido», decía el cura de Ars, líquido no como el agua sucia portadora de mil impurezas, sino con la fluidez de los más duros metales fundidos bajo el arco eléctrico. No hay corazón tan duro que no pueda ser purificado de toda mixtificación por Dios. Éste es, sin duda, el secreto del purgatorio y el secreto de toda santidad en la tierra. Dios no puede dispensarnos del purgatorio, porque el purgatorio no es sino un ardiente aproximarse a Dios. Cuanto antes, pues, tenga lugar este acercamiento, mejor. Tal es la lección de los Santos.

Al actuar este magnetismo de Dios sobre un alma pone en orden todos sus deseos: la tranquiliza, la hace progresar, la ilumina, la colma de belleza y esplendor. Las almas son tanto más bellas cuanto más fiel es la imagen

de Dios, que se refleja en ellas como en un espejo, y, el espejo, más se purifica cuanto más avanza hacia la faz luminosa del Señor. La santidad no reside tanto en los deseos de *perfeccionarse* como en las grandes ansias de Dios, de su reino y su justicia. Lo restante se nos da por añadidura, esto es, la pureza, que es la belleza viva del alma. La pureza sobreviene entonces como algo positivo: como resultado de penetrar en Aquel que es puro y la cima de toda pureza: Dios. La pureza ya no es una mera condición —como ocurría en la santidad de los objetos destinados al culto—, sino efecto mismo de la santidad.

Dios es el centro inmutable de todo. En la gravitación universal de los espíritus, las almas viven inquietas mientras no logran descansar en Él. El amor de Dios es el aplomo del ser espiritual. Cuanto más obedece a este amor, más se hinca y se afianza. Sin embargo, un gran cuidado se requiere para que este afirmarse no se detenga en su curso. Nunca estará el alma segura de no apartarse de Dios, sino en el cielo, cuando esté unida a su centro de gravedad. En la tierra, la firmeza del alma santa consiste en orientarse hacia Dios, más precisa y fuertemente cada vez. Como una

piedra que cayese de muy alto iría aumentando por segundos su velocidad, su densidad dinámica y su aproximación al centro de la tierra. La reciedumbre del alma se manifiesta en un continuo adelanto, que paulatinamente crece en intensidad. Y es otro efecto de la santidad, de esa gravitación del alma hacia Dios. Llegados a este punto, sería interesante comparar el santo con el héroe. En la antigua mitología, el nacimiento del héroe siempre era debido a la unión de un dios con una mujer, o una diosa con un hombre. Como el Santo, el héroe de la antigüedad está, de una manera primitiva, en las fronteras de lo divino y de lo humano. La significación de sus dos actitudes es, sin embargo, muy diversa. Por su origen, el héroe está por encima del hombre. Es un *superhombre*, que lleva a cabo actos sublimes, propios de la dignidad de su procedencia. Pero lo que en él hay de humano es un tanto decadente, degenerado, secuela del maridaje inadecuado de su padre y de su madre.

Cristo no es una mezcla de lo divino y lo humano. En la unidad de su persona trascendente e infinita, la naturaleza humana y la divina se armonizan en una integridad perfecta.

Cristo tiene una inteligencia, una voluntad y una libertad humanas. La divinidad, en este caso, no es un elemento que desorbite la naturaleza humana, sino que, por el contrario, la restaura en un equilibrio maravilloso. *Cristo no es un superhombre*. Es un hombre de igual naturaleza que cualquiera de nosotros, con una gracia especial que perfecciona en él todos los dones de esta naturaleza. Al mismo tiempo, Cristo es Dios en persona, sin detrimento alguno de su condición divina. Dejando a un lado los milagros, que no son debidos al heroísmo, sino a la omnipotencia divina, de que Jesús poseía la plenitud, Cristo no llevó a cabo acciones sobrehumanas: vivió y murió con vida y muerte muy humanas. Pero hasta el más pequeño de sus actos era perfecto, perfectamente libre, lleno de un valor infinito y dirigido a Dios, porque era el Hijo de Dios quien obraba dentro de la humana naturaleza, sin defraudarla en ninguna de sus propiedades.

A imitación de Jesús, el Santo no es un superhombre. Su heroísmo es humano, como el de Cristo. A partir de Cristo, el heroísmo se ha bifurcado en estoicismo y cristianismo; nada más contrario al cristianismo que el es-

toicismo del espíritu y del corazón. El Santo es un hombre como vosotros, como yo, en quien obra la gracia de Dios, no a la manera de quien mueve las marionetas, que sólo hace tirar de los hilos, sino penetrando en la intimidad del alma y de sus facultades, reforzando el libre juego de los mismos. El Santo no es un autómeta de Dios. Es su amigo, su hijo. Actúa como hombre, pero todos sus actos son inspirados por el amor de Dios. Y aun en el cielo, los Santos siguen siendo hombres aunque llenos de la gloria de Dios.

El héroe estoico esculpe su propia estatua. Es Dios mismo quien trabaja en el interior del Santo, respetando al mismo tiempo la humildad de materia humana que Él ha creado, que conoce y que ama. Porque Dios ama a los hombres y desea su bien. Él mismo quiere constituirse en su alegría humana al concederles, con su imagen inefable, la capacidad del infinito.

El héroe antiguo es consciente de su origen sobrehumano. Y quiere hacer honor a su linaje llevando a la práctica acciones que están por encima de las fuerzas del hombre. El Santo sabe que es hermano de Jesucristo y que el reino del heroísmo reside también dentro de

sí mismo. Desea, por tanto, que su vida sea copia de la vida humana de su Señor.

El honor estoico se encierra en su propia nobleza. El Santo no tiene más honor que el de Dios. Pero está persuadido de que este honor le pertenece, porque es hijo de Dios según la gracia. Sabe, asimismo, que él empeña el honor divino en la más pequeña tarea humana. Sabe que la guarda de esta honra ha sido encomendada a nuestras manos carnales y que padece en cierta forma las vicisitudes de nuestra fidelidad cristiana. Si es verdad que podemos honrar a Dios, de la misma manera le podemos ofender.

El honor del héroe, como el del Santo, está hecho de pureza y de fortaleza. El héroe cuida de no cometer acción indigna de su nombre, rechaza lo que es sórdido, lo que mancharía su gloria. El Santo se sabe indigno de Dios. Pero conoce también el mandamiento de Cristo: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto»; sabe que Dios nos ama y que este amor purifica y transforma. El héroe obra para sí, el Santo obra para Dios, y este impulso sobrenatural descubre recursos heroicos que la antigüedad no suponía en el hombre. La firmeza del héroe es una dura ob-

servancia. La fortaleza del Santo es un lazo de amor. El estoico ha de acudir a veces a la farsa, para mantenerse a una altura propia. El Santo sabe que Dios ama a los pecadores y que sin cesar les ofrece su gracia para que se arrepientan. Puede el rostro de los Santos mostrarse triste, angustiado quizá. Molesto, nunca. Sería una pena que un concepto demasiado ascético de la santidad crease jóvenes cristianos (según Epicteto y Plutarco), sermoneadores y ásperos como la justicia, en vez de simpáticos y atrayentes como la caridad.

Aparte de que un tipo de vida heroica basada únicamente en la moralidad, es difícil de mantener en el seno del cristianismo. Existe un heroísmo cristiano, pero su fuente es teologal. No es la inquietud de la excelencia personal lo que anima este heroísmo, sino el sentimiento de la majestad de Dios. El heroísmo del Santo estriba, no en el absoluto dominio de sí mismo, sino en el abandono en las manos de Dios. Es horrible, dice San Pablo, caer en las manos de Dios vivo. Que miren a los Santos aquellos que acusan a la vida cristiana de ser negación. Y verán cómo le cuesta al hombre dar cabida lealmente en su interior a la exigencia de la amistad divina.

No son Santos todos los cristianos, ni todos se proponen llegar a serlo. Se puede aceptar el riesgo de la celosa compañía de Dios, pero se puede también soslayar ese riesgo. Entonces pulula ante nuestros ojos el beato⁵, esta planta ambigua. ¿Qué es un beato? Ni que decir tiene que no tomo la palabra en su acepción teológica muy noble, acepción que aparece todavía en San Francisco de Sales. La tomo en el sentido corriente y vulgar en el francés contemporáneo, que es francamente peyorativo.

El beato es un hombre que quiere ser Santo. Pero mientras el Santo tiene deseos de Dios, el beato cifra sus ansias en la santidad. El beato corre detrás de la santidad, y tiene de ella un concepto estático y material. Se imagina, consciente o inconscientemente, que un hombre se hace Santo por una consagración exterior, como se consagra un cáliz o una casulla, por medios de ritos o formalidades, sin participación de la libertad humana, sin un renacer íntimo y sin una orientación total

⁵ Traducimos la palabra *dévot* por *beato*. Uno y otro términos se corresponden. Resulta en este caso intraducible la alusión que el autor hace a la *Vida devota* del santo obispo de Ginebra.—Nota del traductor.

de nuestra naturaleza hacia Dios. Santo Tomás de Aquino explica muy bien que la superstición puede penetrar en la religión cristiana cuando se atiende únicamente a las observancias y ceremonias, y se excluye el culto interior, que consiste en la Fe, la Esperanza y la Caridad. El beato tiende a esta superstición. La idea que se ha formado de la salvación cristiana es demasiado material y no lo suficiente humana. No hace demasiado caso del *rationabile obsequium*, de la libre sumisión filial que enseña San Pablo. La preocupación por la honra divina purifica y fortalece al Santo. El beato pone más interés en su pureza y seguridad que en la gloria de Dios. Y es que en el fondo vive bajo el signo del temor. Tiene miedo del infierno, de las renunciaciones que trae consigo la vocación cristiana, de los sacrificios del honor humano, y trata de pasar por el medio de estos riesgos sin caer en ellos, como una piragua a través de los rápidos de un río africano. Se ha dicho del beato que está siempre dispuesto a traducir la sentencia cristiana: *Es necesario salvarse*, por aquella otra: *Sálvese quien pueda*, que ni es cristiana ni siquiera humana. El temor del peligro engendra la avaricia. Y mientras el San-

to se entrega a los demás y no se detiene hasta haber ofrendado toda su vida al Señor, el beato es calculador, estudia la manera de ser lo menos pródigo posible y procura soslayar los sufrimientos de este mundo y del otro. Coloca sus fondos en la santidad —sus jugadas son siempre modestas— como los jugadores desapasionados que dedican a la ruleta cien francos cada domingo, pero que se considerarían miserables si algún día se viesan arrasados a la ruina por la pasión del juego. El beato no rompe de una vez con el pecado. No quema jamás sus naves. El sacramento de la penitencia se le presenta como un medio cómodo de liquidar sus cuentas y cerrar el libro a cero, si su contabilidad respecto de Dios, no fuese demasiado clara.

El beato es extraordinariamente hábil. Se vale por una parte de los privilegios de la vida sobrenatural para dispensarse de las obligaciones como hombre social y, por otra, se refugia en sus deberes de estado temporales frente al rigor del espíritu evangélico. Trabaja con el ingenio del castor que construye su casa sobre estacas, preservada de los peligros de la tierra y del agua. Y ahora nos preguntamos: ¿cabe, en su vida, la cruz de Cristo?

El Santo, por el contrario, se hunde incondicionalmente en la voluntad de Dios, aun cuando la divina voluntad lo desposea de todo y lo crucifique. Por lo que toca a su destino eterno, se pone en las manos de Dios. Y así, San Pablo y otros Santos, aun cuando parezca contradictorio, estaban dispuestos a aceptar la condenación si tal fuese la voluntad del Señor.

Como consecuencia de todo esto, la actividad del beato supone una pérdida aterradora de la condición humana. Es fácil de comprender si consideramos que el beato no se compromete humanamente en nada, y la naturaleza del hombre no fructifica si no muere como el grano en la tierra. Éste es el recto sentido de la parábola de los talentos. El beato prefiere usar de su libertad lo menos posible, por temor de perderla. «En verdad —dice Jesucristo—, el que conmigo no recoge, desparrama.»

El Santo encuentra en la práctica del amor de Dios un sentido exquisito de la cortesía y de las obligaciones sociales; Dios mismo acoge a estas almas que se abandonan, y entregándose a su vez, las llena de un gozo soberano.

El criminal plantea de distinta forma el problema del hombre. Entendemos por criminal, no al hombre que comete un crimen utilitario o bajo los efectos de la ira, sino al criminal consciente y dispuesto al crimen, tal como nos lo describe DOSTOÏEVSKY, por ejemplo:

«...he querido, Sonia, matar sin casuística, para mí, para mí solamente... Y he matado con toda sencillez, he matado para mí, tan sólo para mí... Me he preguntado entonces: ¿podré salvar el obstáculo, o no me atreveré quizá?... ¿Pero es que soy una criatura pusilánime, o bien, por el contrario, *tengo derecho?*... Escucha: cuando me encaminé a casa de la vieja no intentaba más que *hacer una prueba...*»

El criminal, así definido, usurpa el oficio de Dios. Para él, la ley eterna no es más que una barrera que hay que superar, y así *constituirse él mismo en ley eterna*.

Que su acto no sea controlado sino por su propia voluntad de darle vida. De esta forma lo erige en acto absoluto: tal acto lleva en sí mismo la justificación. El término es duro: se pone fuera de la ley, al margen de toda ley, y su acto queda constituido ley universal.

Todo es desprecio y orgullo. «...ahora comprendo, Sonia, que aquel que posee la fuerza de la inteligencia y del espíritu es el señor de los hombres. El audaz, el que se atreve a mucho, es quien tiene razón entre ellos. Quien se burla de los humanos se impone como legislador, y el más descarado dice la última palabra. Así ha sido siempre y así será. Ciego hay que ser para no verlo.»⁶.

Si comparamos el criminal y el Santo es porque uno y otro calan hasta lo más hondo los pensamientos de un corazón y los impulsan hacia su realización. Ni uno ni otro son soñadores. El Santo se empeña en el amor con la misma pasión que el criminal se empeña en el odio. Pero el amor es fecundo; el odio, por el contrario, mata. El criminal no debería ni aceptar la obligación de su propia existencia. Debería suicidarse para demostrar que él dispone hasta de su ser.

Gran misterio es que la ley —toda ley— se enfrente con la libertad humana. La ley se nos muestra como contradicción de esta libertad. El Santo cree y demuestra que, por el

⁶ *Crimen y castigo*, lib. II, IV, 5.

contrario, la ley puede ser afirmación de la libertad. El amor tiene, efectivamente, el poder de identificar dos voluntades de una manera viva y libre. Al amar a Dios de todo corazón, el Santo, dándole cumplimiento, sobrepasa la ley. Tal es la afirmación de Jesucristo: «No he venido a destruir la ley, sino a darle cumplimiento», a consumarla, a introducir en ella la madurez postrera que es el amor, a empujarla hacia el punto supremo que es la libertad. La ley no se presenta a los ojos del Santo como una barrera, sino como el medio eficaz que se ha puesto al alcance de su mano para que dé pruebas de su amor. «Ahora, el alma se encuentra a sus anchas; ha tomado la llave de los campos. Ha franqueado la puerta. Podrá entrar y salir a su gusto y hallará el ansiado lugar de los dulces pastos.» No quiere decir esto que el sendero se haya ensanchado; lo exacto es que el camino estrecho desemboca en la amplitud infinita de la libertad espiritual. «No hay más caminos. Porque para el justo la ley no existe ya»⁷. Es que el Santo, por estar en Dios, no está subordinado

⁷ MARITAIN: *Distinguer pour unir*. «Todo y nada».

a la ley. Y aun cuando abandona la contemplación, se mueve dentro de la ley con singular soltura, que no es sino la manifestación de su propia vida, ya que en él no hay más vida que el amor de Dios. Cuando se ama no se tiene otra voluntad que los deseos de la persona amada. «La plenitud de la ley es el amor», dice San Pablo. Se puede invertir la expresión y decir que la ley es para el Santo la plenitud de su libre amor de Dios. Maravillosamente lo afirma Santo Tomás: «Cuando el Espíritu Santo —dice— inclina por medio del amor nuestra voluntad al verdadero bien, hacia el que ella está orientada, naturalmente, nos libra de la servidumbre, según la cual obramos contra el orden mismo de la voluntad, una vez hechos esclavos de la pasión y del pecado. Y también nos libra de aquella segunda servidumbre, según la cual obramos contra la inclinación propia de la voluntad divina, ya que no somos aún sus amigos, sino tan sólo los esclavos de su ley.» Conforme a lo que dice San Pablo: «Donde está el espíritu del Señor, allí está la libertad» y «Si sois conducidos por el Espíritu, no estáis bajo la ley».

Llegados a este punto de santidad, la comunión de vida con Dios tiene su expresión

en una comunidad de bienes: el Santo comparte con Dios la soberanía del universo, de la naturaleza y de la gracia. La santidad es la meta de toda ley, y una vez recorrido el camino nos damos cuenta de que todo ha sido querido y creado por Dios pensando en sus elegidos. «Míos son los cielos y mía es la tierra, míos los hombres, los justos y los pecadores. Los ángeles son míos, mía la Madre de Dios y todas las cosas. Y Dios mismo es mío y para mí. Porque Cristo es mío y por entero para mí. Entonces, ¿qué pides o qué buscas, alma mía? Todo esto es tuyo y todo para ti»⁸.

⁸ SAN JUAN DE LA CRUZ.

IV. — LAS DIFERENCIAS HUMANAS ENTRE LOS SANTOS

Insistiendo sobre el valor humano del Santo, tema que especialmente hemos de tratar, quisiéramos abordar ahora un aspecto complejo de la cuestión. Nos referimos al problema de las diferencias que van de Santo a Santo por lo que se refiere a este valor humano. Recomienda el libro de la *Imitación* no investigar sobre qué Santo sea el mayor entre los Santos. No se trata aquí precisamente de esto. Los Santos son canonizados por la Iglesia, que sale fiadora de su gloria sobrenatural. Ella los propone a nuestra imitación, en cuanto que todos reflejan la santidad única y sustancial de nuestro Señor Jesucristo, aunque de forma diversa cada uno. Los Santos son Santos por su parecido con Dios y con Cristo. Es tan evidente esta conformidad, que no admite discusión.

Pero sí podemos elegir entre los Santos cuando se trata de imitarlos. Hemos insistido

mucho sobre el carácter concreto de la humanidad de los Santos, oponiéndolo al superhombre. Nuestra vida es asimismo una vida humana concreta, de la que rendimos cuenta ante el tribunal de Dios.

Jesucristo, con su sangre, rescató esta humilde vida, y los Santos nos ayudan a penetrarla de gracia. Bajo el torrente que mana de la Cruz hemos de colocar nuestra vida total, no un sueño desrealizado y como flotante por encima de ella. Dejando a un lado las virtudes teologales de los Santos, vemos que todos ellos conservan su temperamento, su condición de vida, sus aptitudes personales, el tono propio de su espíritu y las emociones de su corazón; es decir, el Santo no está fuera de los imperativos de tiempo y espacio. Todas estas condiciones sensibles de su santidad lo hacen más o menos próximo a nosotros, más o menos simpático incluso, y, por esto, más o menos útil cuando se trata de imitarlo. Un ejemplo explicará más claramente las diferencias de que hablo. San Alfonso de Liguorio pertenecía a la nobleza italiana. Vivió el Santo en el siglo XVIII. Siendo joven ejercía de abogado en su ciudad natal. Su carrera prometía ser brillante, y su padre, don José, le

preparaba un matrimonio ventajoso. Pero Alfonso se había entregado ya en manos de Dios y hasta había resuelto guardar castidad perpetua. Sin embargo, dejó que su padre arreglase el casamiento, y he aquí cómo nuestro Santo resolvió la cuestión. Cito textualmente al piadoso biógrafo:

«Tratando siempre de buscar un matrimonio digno de su familia, su padre tramitaba entonces la boda de Alfonso con la hija del duque de Presenzano.

»Fué aceptada la propuesta, y con este motivo se sucedieron las recepciones, presentaciones, veladas, durante las cuales el joven abogado tuvo que hacerse verdadera violencia para no irritar a su padre... Se limitó a mostrarse indiferente con la princesa.

»Esta frialdad no pasaba inadvertida a las miradas inquisidoras del padre, que empleaba toda su elocuencia en alabar la buena educación, el ingenio, la piedad, las buenas prendas de la joven. Señalaba la elevada posición de sus padres, las ventajas que para él representaba y otras muchas razones que contribuían a reforzar la utilidad de la unión. Sin rechazarlo categóricamente, alegaba Alfonso lo delicado de su salud, que, según él, debía

hacerle desistir del matrimonio. Don José se encogía de hombros y continuaba yendo con su hijo al palacio de los Presenzano. Alfonso le seguía, aunque a pesar suyo, y mostraba tal reserva y un aire tan circunspecto, que perdían el tiempo quienes trataban de ganar su confianza o amistad. Situación tan violenta no podía durar mucho.

»Una tarde, como la conversación pareciese languidecer, hubo que recurrir a la música para pasar el tiempo. Todos conocían el talento artístico de Alfonso; el duque y los gentileshombres le invitaron a tocar el clavecín, cosa que él aceptó con gusto. Después que interpretó brillantemente algunas piezas, su prometida le pidió que la acompañase una romanza. Se colocó, pues, junto a Alfonso, vueltos los ojos hacia él. Alfonso, al tiempo que tocaba, llevado por su modestia, volvió la cara al lado contrario. Interpretando mal la causa de este movimiento, la joven cambió de sitio, colocándose al otro lado; pero de nuevo el acompañante apartó el rostro, con lo que la princesa perdió la paciencia y abandonó la sala, diciendo llena de despecho: "Me parece que el señor abogado es un poco lunático." Después de este suceso fueron inútiles cuan-

tos esfuerzos hicieron sus padres para vencerla de las excelentes cualidades del joven y de las ventajas del matrimonio. No quiso oír hablar más de este asunto»⁹.

Algo parecido había tenido lugar cuatro siglos antes, en Italia también, en Toscana. La protagonista, una niña de dieciséis años: Catalina de Siena. El suceso está lleno de sabor popular. La madre de Catalina propone a ésta sus bodas, y de aquí surge la disputa, más encendida cada vez.

—¡ Catalina se casará !

—¡ Catalina no se casará !

Sube la muchacha a su habitación, se afeita la cabeza y se presenta a su madre.

—¡ Catalina no se casará !

Pero hay en la vida de la misma Catalina de Siena un impresionante episodio, que muestra aún mejor hasta dónde pueden llegar las divergencias humanas entre los Santos. Pedimos al lector que tenga presente en la imaginación la escena de Alfonso de Ligorio en el clavecín y las actitudes de los personajes para que forme un díptico con el siguiente

⁹ R. P. BERTHE: *Saint Alphonse de Ligouri*.

suceso relatado por la propia Catalina. Un joven de Perusa, de veinte años de edad, llamado Nicolás Tuldo, fué condenado a muerte por los gobernadores de Siena a causa de una nimiedad. Fuera de sí por tan injusta sentencia, Tuldo daba vueltas en su calabozo, como una fiera enjaulada, injuriando a Dios y rehusando recibir un sacerdote. Se enteró Catalina. He aquí lo que escribió en aquella ocasión al dominico Raimundo de Capua:

«He ido a visitar a quien sabéis. Recibió mi visita con tanto consuelo y alivio, que se confesó y se preparó muy bien a una buena muerte. Me hizo prometer, por el amor de Dios, que en el momento de la ejecución permaneciese a su lado. Lo prometí, y lo hice. Muy de mañana, antes del toque de oración, fuí a verle. Mi visita fué para él un gran consuelo; le hice asistir a la Misa; recibió la Sagrada Comunión, a pesar de haberse negado siempre a hacerlo. Su voluntad se había identificado y estaba sumisa a la voluntad de Dios. Tan sólo un temor le agitaba: que su valor flaquease en el momento decisivo. Pero la inmensa bondad de Dios frustró estos temores, colmándole de unos deseos tan grandes de unión con Dios y de amor hacia su divina vo-

luntad, que ya no podía vivir sin Él. “Quédate conmigo —me decía—, no me abandones; porque contigo me encontraré a gusto y moriré contento.” Entonces recostó su cabeza sobre mi pecho. Sentí la alegría y el perfume de su sangre; pero también sentí el olor de la mía, que deseaba derramar por Jesús, mi dulce esposo.

»Al sentir que este deseo crecía en mi alma, pero adivinando al tiempo su temor, le dije: “¡Animo, hermano mío!, muy pronto asistiremos a las nupcias. Y tú te presentarás bañado en la sangre dulcísima del Hijo de Dios, y en los labios, el dulce nombre de Jesús, que no puedes olvidar ni un solo instante Te espero en el lugar de la justicia.”

»Su corazón depuso todo temor; su rostro, triste, se llenó de alegría. Saltando de gozo, me dijo: “¿Por qué se me concede tan gran favor? ¡Que la dulzura de mi alma me espere en el santo lugar de la justicia!” Ya lo veis: había alcanzado tal grado de luz interior, que llamaba *santo* al patíbulo. Aún decía más: “Iré, fuerte y glorioso; pero me da la impresión de que han de pasar mil años antes de que pueda encontrarte allí donde me esperas.” Y hablaba con tanta dulzura de la

bondad de Dios, que haría romper los corazones más duros.

»Le esperé en el lugar del suplicio. Le esperé mientras rogaba de continuo a Santa María y Santa Catalina, la virgen mártir. Antes de que él llegase puse mi cabeza sobre el tajo, me recogí en mí misma, y, elevando a Dios todas las fuerzas de mi alma, rogué, invoqué el nombre de María para que en el momento fatal no le faltase la luz ni la paz del corazón, y su alma pudiese retornar a su principio. La promesa que obtuve hizo desbordar a mi alma; entonces, en medio de tanta muchedumbre, no era capaz de ver a nadie.

»Llegó, al fin, paciente como un corderillo. En cuanto me vió, comenzó a sonreír. Quiso que le hiciese la señal de la cruz. Una vez hecha, le dije: "Inclina la cabeza, mira que has llegado a las bodas, hermano mío; ¡qué pronto gustarás de la vida que no acabará nunca!" Inclino su cuerpo mansamente. Yo coloqué su cuello sobre el tajo, me acerqué más y le traje a la memoria la sangre del cordero. Sus labios no cesaron de murmurar: "Jesús, Catalina." Mientras pronunciaba estas palabras recibí su cabeza en mis manos,

»Entonces, fija la mirada en la bondad divina, dije: Quiero.»¹⁰.

Para nuestra mentalidad de cristianos modernos todas estas circunstancias resultan extraordinarias; más extraordinario, sin embargo, es que hayan sido imposibles. Parece ser que sus contemporáneos no se extrañaron de ver a una muchacha con un joven de veinte años en un calabozo, y al día siguiente en el cadalso, recibiendo su cabeza entre las manos. Sabemos que Catalina de Siena fué canonizada, y encontramos muy bien todo lo que ella hizo; pero si nos la imaginamos como una congregante de cualquier feligresía de nuestros tiempos, comprendemos lo atrevido de su actitud. En una palabra, la Edad Media tenía una libertad en el obrar, una rectitud de espíritu y una salud espiritual que se había perdido ya en tiempos de Alfonso de Ligorio, y que nosotros estamos muy lejos de recuperar. No es que haya disminuído la gracia, no es que la verdad revelada se haya eclipsado a nuestros ojos. Es que el carácter de los cristianos se ha debilitado.

Con el contraste de estas dos escenas he-

¹⁰ Traducción L.-P. CUIQUES. (N. A.)

mos querido simplemente hacer ver al lector que no ha de confundirse la santidad con tal o cual actitud concreta que pueda variar de Santo a Santo, según su temperamento. Es decir, las actitudes de los Santos no cortan en modo alguno el discernir propio del cristiano. A cada uno de nosotros nos incumbe buscar, entre caracteres tan variados, las situaciones y reacciones más en relación con nuestra vocación personal. En una época de decadencia, como es la nuestra, caracterizada por una mengua del vigor físico y moral, es de desear que la juventud rinda culto a Santos recios, viriles, sencillos; Santos que, una vez conocida la voluntad de Dios, avanzan con decisión por el verdadero camino. Es evidente que un monje debe procurar la imitación del Fundador y de los Santos de su Orden y dedicarse al estudio de sus doctores y místicos. Un soldado tendrá más devoción a los Santos guerreros. Una madre de familia se inclinará a la devoción de Santa Mónica y Santa Isabel de Hungría. O sea, recurriremos siempre a Santos que comprendan los problemas de nuestra vida porque los hayan vivido.

Consideremos también el color y el tono exacto de las lecciones que nos dan los San-

tos, los defectos y las buenas cualidades de las personas a quienes se dirigían. Por ejemplo: San Juan de la Cruz se dirigía a sus monjes y monjas españolas del siglo XVI; pues bien, este detalle es digno de tenerse en cuenta si hemos de valorar la postura del Santo.

Nosotros, los franceses, tenemos más devoción, conocemos más y preferimos a nuestros Santos franceses ¹¹. Existe un orden en la caridad; también existe en el culto de los Santos. Los Santos de nuestro país han nacido en nuestro mismo clima, son de nuestra sangre, se han movido en los mismos parajes que nosotros, han habitado en nuestra casa, orado en nuestras iglesias, caminado por nuestros caminos. Han recibido nuestra propia educación. Han tenido los mismos defectos que nos-

¹¹ Quizá sorprenda al lector español la insistencia del padre Bruckberger en los Santos y la tradición franceses. La universalidad del catolicismo y de sus Santos, como he intentado subrayar en el prólogo, no consiste en su ausencia de determinaciones espaciales y temporales, sino precisamente al contrario: en su capacidad de fecundar las raíces de cada hombre y de cada pueblo, de verse en tradiciones infinitamente diversas, aunque coincidentes en su común fidelidad al mensaje de Cristo. No será inútil, por tanto, recordar que el libro fué escrito originalmente para un público francés. Más aún: que fué escrito en horas de crisis colectiva —en el exilio y durante la ocupación alemana— como una llamada al optimismo sobrenatural.

otros y han sabido enderezarlos sin perder por ello la gentileza, la valentía y el pudor en el heroísmo, cualidades tan de nuestra raza. Antes que nosotros han amado a Francia. Han contribuído a edificarla. Los Santos y los héroes constituyen el alma de un pueblo. Escuchamos el concierto de sus lejanas pero familiares voces cuando cerramos los ojos y prestamos oído al canto de la esperanza y de la grandeza. ¿Por qué no podemos nosotros hacer lo que ellos hicieron con la ayuda de Dios? Además, su dulce presencia está muy cerca de nosotros. Nada concreto sabríamos decir, y, sin embargo, los Santos están ahí, su bondad nos tranquiliza, sus miradas nos animan y nos empujan hacia adelante. Seguimos sus huellas, y tan sólo caminando tras ellos pacientemente —a veces con impaciencias también—, podemos estar seguros de pisar terreno firme. Los Santos de Dios juzgarán las naciones. Pensemos de vez en cuando cómo nos mirarán San Luis, Santa Juana de Arco, cuando nos vean llegar. Ojalá nos encuentren bien dispuestos. ¡ Que nos ayuden, desde ahora, a vivir una vida semejante a la suya ! ¡ Que, con su ayuda, podamos hacer de Francia una cristiandad !

V . — S A N T I D A D C R I S T I A N D A D Y P A T R I A

Una cristiandad es un país que se esfuerza por ser santo a la vez que Patria. Es un país que en sus instituciones y sus costumbres sigue los pasos de Cristo, un país que inspira sus leyes y sus actos públicos en el Evangelio. Estas verdades se han borrado de tal forma en la conciencia de los franceses, que hasta parece ridículo tan sólo el enunciarlas. Sin embargo, Cristo es el Rey de los pueblos y de las almas. Cristo es el Rey de Francia y es Rey que reina y que debe gobernar. Millones de franceses, hace tiempo, lo han creído así, han vivido bajo esta legitimidad sobrenatural, han muerto por esta soberanía trascendente. La vieja Francia extraía su más íntima fortaleza de una mística temporal cristiana.

Creemos que no hay confusión posible. Ha-

blamos aquí de cristiandad y del destino temporal de nuestro país. No hablamos de la Iglesia y de la vida eterna. Para un católico es evidente que la Iglesia no ha de ser jamás presa de la muerte y que cumplirá hasta el fin la misión que le ha sido confiada de salvaguardar, sin mixtificaciones ni transigencias posibles, el depósito de la revelación y de la legitimidad sacramental. Pero esta salvaguardia no necesita ni vastos espacios ni gran cantidad de fieles. En las catacumbas se afirmó con fuerza, y poco importa que la Iglesia, considerada en su esencia, tenga un poderoso asidero visible. Como una inmensa pirámide invertida, puede no tocar la tierra más que en su vértice. Con una cristiandad no ocurre lo mismo. Una cristiandad es una empresa de renovación y organización temporales, inspirada en los principios evangélicos. En este caso, dichos principios son considerados no como gérmenes de vida divina y sobrenatural, fecundos para la salud eterna de las almas, sino, sobre todo, como normas en la edificación de una ciudad de los hombres, como ideas bases en la política de los pueblos, como instrumento indispensable en la salvación inmediata de las naciones, en el orden

mismo del saber vivir terreno y en relación con las necesidades prácticas de la vida mortal individual y colectiva. En esta renovación y organización temporales no son los sacerdotes los portadores de la responsabilidad —una cristiandad no es una teocracia; es el reinado temporal de Dios—; la responsabilidad pesa sobre todos los hombres de buena voluntad, como quiera que ellos tienen una misión temporal que cumplir. Al menos que sea un sueño o un proyecto sobre el papel, como la *República* de Platón; una cristiandad exige un espacio social concreto ocupado sólidamente por una mística cristiana, de hondos fundamentos humanos. Una cristiandad no vive en las catacumbas; vive a la luz del día, es un árbol al aire libre y de extensas raíces; tiene necesidad de un conjunto de hombres reales, de carne y hueso, y de músculos también, empapados del espíritu del Evangelio, dispuestos, cueste lo que cueste, a conformar con ese espíritu su conducta personal, los negocios que tienen bajo su cuidado y el destino de su país. Hombres que pretenden empeñar el honor de Cristo en el comportamiento político de su Patria. Evidentemente, todo esto es quimérico. Sin embargo, esta quimera ha

existido y no es un monstruo, en verdad. Jamás nuestra nación se mostró más leal y esforzada que bajo San Luis. ¿Dónde encontrar humanidad más heroica y dulce? El Evangelio está siempre a nuestro arbitrio, como la simiente que espera ser arrojada a la tierra. Cuando los jóvenes cristianos franceses sepan quererlo, estaremos en presencia de una nueva cristiandad. Después de todo, la doctrina política que actualmente oprime a los pueblos en su carne y su sangre, hace treinta años no ofrecía más objetividad que un reducido número de iniciados famélicos y exaltados que hacían el papel de utopistas. El mundo cede siempre ante la fuerza. Tarea de los cristianos es luchar para conseguir que la justicia no pierda jamás su fuerza, y de esta manera pueda vencer al mundo. La fuerza es un animal anfibio que vive con la misma facilidad en el mal que en el bien. ¿Y por qué han de ser siempre los cínicos quienes domestiquen a este mastodonte? Sin duda escuchará las palabras de Francisco de Asís: «Hermano lobo, en el nombre de Dios, te prohíbo...», el día en que una audaz juventud francesa se decida a romper la cadena de pecados de omisión que sus padres le han dejado en herencia

y no permita que la empujen dulcemente hacia las catacumbas. Pues una cristiandad necesita espacio y aire puro. Es una pirámide que debe descansar sobre una ancha base humana y cuyo vértice toque en el cielo de la revelación evangélica.

Si falta la base, todo se derrumba. Y si una civilización cristiana puede morir es precisamente por falta de cuerpo. Estamos bien lejos de comprender las repercusiones concretas que acarreó consigo la revolución que los juristas del siglo XVI promovieron en pro de la restauración del Derecho romano y que, a lo largo de toda la Edad Moderna, se ha consumado con mengua del espíritu de la Iglesia. Citaremos un documento que posee la ironía de estar fechado en 1791. Se trata de una sencilla póliza de seguros marítimos, que comienza así: «En nombre de Dios y de la Virgen Santa. Que Dios conduzca todas las cosas a segura salvación.» Al final se expresa en estos términos: «... Se acabará entonces el riesgo. Y quiero que todos los que participen de este seguro pasen como él por el mismo riesgo —divino y humano— de amigos, enemigos, conocidos y desconocidos, toma o detención de señorías, ya ecle-

siásticas, ya temporales, represalias justas o injustas, bando o contrabando, marca o contramarca ; riesgo de viento, rayo, fuego, naufragio y otros siniestros, peligros y casos fortuitos que puedan acontecer, poniéndose en su lugar, sin que puedan decir, alegar ni calumniar cosa alguna en contrario, si no tienen previamente la mano provista de sumas aseguradas, respectivamente por ellos, sumas que prometan pagar tres meses después del siniestro o pérdida, que Dios no permita, y después de ello pleitear si lo tienen a bien... Dios los guíe y los conserve salvos. Amén.»

No pretendemos decir que los señores Nicolás y Bourguignon, que firmaron este acta, fueran santos. Pero sí que esta fórmula jurídica revela en nuestros antepasados un sentido vivo de la Providencia divina, de su solicitud y de su presencia todopoderosa en todos los sucesos espirituales o temporales de nuestra vida. No se juzgaba impropio de la majestad de Dios y de la grandeza de Nuestra Señora velar por el cargamento de un bergantín. Y estas dos presencias, que penetran hasta el fondo de las conciencias cristianas, valían por la presencia del notario y del gendarme —sin excluirlos, no obstante— cuan-

do se trataba de formalizar un contrato entre cristianos. Y la validez de estos contratos tenía como fundamento la validez de la fe cristiana de nuestros padres. Pero entonces era la misma institución quien guardaba el depósito de esta fe. Las instituciones de la vieja Francia se orientaban hacia Dios, al mismo tiempo que se apoyaban en articulaciones judiciales humanamente aseguradas; y porque tenían relación con conciencias lealmente cristianas, ellas mismas lograban la pureza y la fortaleza vivas que definen toda santidad, y son características de los destinos consagrados a Dios. Nuestros abuelos demostraban a Cristo que le amaban siendo buenos y leales franceses.

Esta santidad, metida en el tuétano de las instituciones y las costumbres, gran socorro para las pobres gentes, ya que las alimentaba de espíritu cristiano, sin que se diesen cuenta, ha desaparecido de Francia. No se puede vivir indefinidamente de las antiguas mieses. Nuestra generación encuentra vacíos los graneros. La pequeña provisión de que disponemos no será suficiente para nosotros y para los que han de venir después. Llegamos un momento en que es necesario sembrar para no

desfallecer de hambre. Las restricciones no solucionan nada. ¡Hace tanto tiempo que está a dieta el espíritu cristiano! Sé muy bien que en este mundo descristianizado vivió una Santa Teresa del Niño Jesús y existen unos carmelos en los que florece la santidad cuando, habiéndolo dejado todo, se busca en ellos el premio. Pero nos colocamos frente a la civilización cristiana, y aquí la santidad personal puede compararse a un mercado negro de la mística, que no resuelve más que casos limitados. Lo que hace falta asegurar es el abastecimiento general de los miserables que no poseen los medios de las grandes renunciaciones y que desearían, con los mismos recursos ordinarios, vivir honradamente en un mundo habitable y conseguir, además, su salvación eterna.

En esta gente pienso precisamente, en esta gente que, burlescamente, llaman «la masa de los que ahorran». La *ruina* de esta masa de los *que ahorran* para poder vivir, acompaña, en todos los órdenes, a la civilización moderna. En el orden espiritual, lo mismo que en el orden financiero, las grandes quiebras recaen, de una manera especial, en la multitud anónima, multitud que, a pesar de todo,

constituye la reserva de un pueblo y de una raza. Una cristiandad es una sociedad en la que Cristo convive con los pobres y les ayuda en sus necesidades cotidianas.

En el interior de la religión cristiana, la misma desviación psicológica que significa el *beato* tiene su correspondencia en lo social: el *Estado ortodoxo*. El Estado beato concibe la religión como una seguridad exterior, una consagración a Dios del orden establecido. Como el beato, vive bajo la bandera del temor; es oprimido por la angustia de la gran noche, como el beato por el infierno. Pero es que para evitar la revolución, lo mismo que el infierno, es mal consejero el temor: lo único que falta es buscar el reino de Dios y su justicia; en cuanto a lo demás, Dios proveerá. El Santo sabe que Dios ama a la criatura. La cristiandad está convencida de ello también. Podía, pues, dejarse llevar por esta obediencia rendida al espíritu evangélico, y todo su heroísmo sería un fruto más de la esperanza cristiana. Pero ha de quedar muy claro que no hay orden cristiano que no gire alrededor de la Cruz. Las sociedades cristianas no escapan al sufrimiento, es más; el sufri-

miento constituye la ley misma de su salud temporal y de su grandeza.

Una cristiandad no es una sociedad que políticamente pertenezca a los beatos y que esté informada de su espíritu. Afortunadamente, el Estado *ortodoxo* no dice más de la cristiandad de lo que el beato dice de la Iglesia. Aunque uno y otro, tan avaros de abnegación, tengan sed de cristiandad y de Iglesia, respectivamente. Una cristiandad es una sociedad que pertenece a Cristo, una patria terrena en la que Cristo habita.

La santidad es una comunión de Dios con el hombre: a partir de esta comunidad, Dios y el hombre actúan juntos. Para que Francia llegue a ser una cristiandad es preciso, en primer lugar, que Dios quiera entrar, por así decirlo, en comunión con ella. Es preciso que Él la ame y la eleve a su amistad.

Ahora bien: Dios ama a Francia. Entre muchos testimonios, sólo quiero citar la más reciente afirmación de Pío X en su alocución del 29 de noviembre de 1911 a los cardenales franceses: «¿Qué he de deciros, queridos hijos míos de Francia, ahora que gemís bajo el peso de la persecución? El pueblo que hizo alianza con Dios en las fuentes bautismales

de Reims se convertirá y volverá a su primera vocación. Los méritos de tantos hijos suyos que predicán la verdad del Evangelio en casi todo el mundo, sellándola a veces con su sangre, la plegaria de tantos Santos que en la gloria celestial reclaman vivamente la compañía de sus hermanos queridos... por encima de todo, los gemidos de tantos niños que delante del Sagrario elevan su corazón con palabras que Dios mismo pone en sus labios, atraerán sobre esta nación la misericordia divina. Los pecados no quedarán sin castigo, pero la hija de tantos méritos, de tantos suspiros y lágrimas, no morirá jamás.

»Llegará un día —esperamos que no tarde— en que Francia, como Saulo en el camino de Damasco, se encontrará rodeada de una luz divina, oirá una voz que le repetirá: “Hija mía, ¿por qué me persigues?”; y ante la pregunta: “¿Quién eres tú, Señor?”, responderá la voz: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Dura cosa es que des coces contra el aguijón, porque en tu obstinación te arruinan a ti misma.” Y ella, temblando y asombrada, dirá: “Señor, ¿qué queréis que haga?” Y Él: “Levántate y lava las miserias que te han desfigurado; despierta en tu seno los sen-

timientos escondidos y el pacto de nuestra alianza y ve, hija primogénita de la Iglesia, nación predestinada, vaso de elección, ve y lleva mi nombre, como hace siglos, a todos los pueblos y reyes de la tierra.»

No comprender tal eventualidad como próxima, no comprender que está en sus manos la empresa, supone una falta de esperanza y una rara negligencia en los cristianos franceses. Recordemos las condiciones de una santidad humana —naturaleza que la gracia empapa sin disminuirla—. *Non minuit sed sacrauit*. Una sociedad no se puede llamar cristiana cuando en ella ocurre una disminución de naturaleza o cualidades humanas. Por el contrario, la libertad desempeña allí su papel, esencial en toda santidad, porque no hay santidad sin libertad, porque no hay santidad sin amor. Una cristiandad es una sociedad que íntegramente, en sus leyes, en sus instituciones y costumbres, resueltamente, con toda libertad y lealtad se orienta hacia Cristo. Nos parece que cuanto Santo Tomás escribió acerca del bien común, que especifica la acción política, no puede escapar a la interpretación de toda la parte moral de la *Suma* al decir que ha de lograr su densidad real en la cris-

tología y hacer converger todos los lazos de la moralidad en la persona adorable del Salvador crucificado. No se puede hablar de bien común en una cristiandad sin contar con Cristo y con su Santa voluntad. Herodes *el zorro*, no era de Cristo. El realismo político no puede asegurar el bien común de una cristiandad. San Luis no era un zorro, y nuestros políticos más grandes, porque han sido zorros, traicionaron la comunión con Cristo, que es el vínculo vivo de la cristiandad francesa. Si hemos de procurar que Francia renazca como una cristiandad, tendremos que romper con todo lo que pueda corromper la pureza y la flexibilidad de la conciencia, esenciales para volverse a Dios, incluso en el orden político.

Mauricio Barrés decía que la Iglesia francesa tiene necesidad de Santos. Se puede decir también que los Santos de Francia tienen necesidad de Francia. Se encuentran como extranjeros en nuestro país desde que se ha disociado el nombre de Cristo de todos los elementos vivientes de la comunidad nacional. Habría que predicar una cruzada para que hasta el último rincón de Francia todos los aspectos de la cultura, de los oficios manuales, las familias y la política fuesen signados, como

nuestras viejas encrucijadas, con la señal de la Cruz. Que Dios pueda venir a habitar en Francia como en el lugar de sus delicias, para que las gentes honorables puedan vivir. Después de todo, San Luis vivió dentro de la política. Santa Juana, dentro de la guerra, y otros muchos Santos, en las más diversas condiciones del mundo.

Ninguno de nosotros sabrá nunca bastante teología para llegar aunque sólo sea a canónigo; nos lo impiden las cargas que hemos de llevar encima: patria, oficio, familia; estamos cansados, nuestros pobres rostros cruzados de arrugas que ocasiona la angustia, nuestras manos endurecidas, oprimidas por la preocupación de ganar el pan y mantener el honor de nuestra familia. No sabemos bastante teología para ser canónigos. Sin embargo, sabemos la suficiente para ser santos. ¡Que otros gobiernen en paz el reino de Dios! Nosotros ya tenemos bastante con arrancar una a una las horas del día, del interminable día, hasta que llegue la hora tan esperada, la hora única en que Dios se digne apagar la luz de su criatura extenuada. ¡Oh, tierna muerte! ¡Oh, único despertar! Ya habrá quienes se ocupen de lo espiritual... Nosotros tenemos lo tempo-

ral en nuestras manos, tenemos las manos llenas del reino temporal de Dios. Tenemos la herencia de los Santos.

¿Hay algo en este mundo que nuestros Santos hayan tenido que reprender, algo que hubieran tenido que eludir cuando Dios mismo nos visita en persona, cuando al mismo tiempo que nosotros se bendijeron la viña y el trigo, los sillares de nuestros umbrales, el tejado donde hacen su nido las palomas, nuestros lechos cargados de sueño y de hastío, el sendero donde chirrían los carros, nuestros hijos de risa dura y nuestras hijas que lloran al borde de la fuente? ¹².

¹² BERNANOS: *Jeanne, relapse et Sainte*, págs. 67-68.

I N D I C E

	PÁGS.
Prólogo	13
I.—Lo santo	41
II.—El hombre ante los santos	47
III.—Santos, héroes, beatos y criminales ...	61
IV.—Las diferencias humanas entre los santos	79
V.—Santidad, cristiandad y patria... ..	91

NIHIL OBSTAT: DR. ENRIQUE VALCARCE.
MADRID, 10 DE FEBRERO DE 1957. IM-
PRÍMASE, † JOSÉ MARÍA, OBISPO AUXI-
LIAR Y VICARIO GENERAL.

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES GRÁFICOS HUECOLOR
MADRID, EL DÍA 9 DE MARZO DE 1964.